

Andrés SÁNCHEZ PICÓN (1992), *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1778-1936). Cambios económicos y negocios de exportación*. Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación Provincial de Almería, Almería.

Formé parte del tribunal que juzgó la Memoria de Doctorado de Sánchez Picón, en la que está basada este libro. Lo presidía Jordi Nadal, principal inspirador de más de un centenar de trabajos sobre la minería almeriense, que han ido apareciendo sucesivamente desde la publicación de su ya clásico artículo "Industrialización y desindustrialización del sudeste español, 1817-1913" (*Moneda y Crédito*, 120, 1972), a lo largo de las dos últimas décadas. De todos ellos, éste que acaba de publicar el Instituto de Estudios Almerienses, que tan generosamente viene acogiendo los resultados de las investigaciones sobre la economía almeriense de los últimos años, es, a mi juicio, el más redondo, y no sólo por la extraordinaria cantidad de información que ha conseguido acumular sobre la propia minería y sobre otras actividades económicas hegemónicas almerienses, sino porque en él se intenta una explicación global y sintética de la evolución económica almeriense desde el momento mismo en que la rada de Almería comenzara a beneficiarse de la pérdida del monopolio gaditano hasta el declive final de sus actividades mineras.

Para llegar a hacer esto último, Sánchez Picón se ha beneficiado de todo un conjunto de excelentes aportaciones anteriores, pero él mismo se ha visto obligado a enriquecerlas factualmente, añadiendo a las fuentes estadísticas convencionales la utilización sistemática y casi exhaustiva de otras hasta ahora poco o nada utilizadas, tales como la práctica totalidad de revistas y prensa de la época, los *Consular Reports*, las *Memorias de la Cámara Oficial Uvera*, los *Libros de la Aduana de Almería* y los *Protocolos Notariales*. Gracias a ello, no sólo ha podido elaborar series completísimas de producciones, exportaciones, mercados, precios y beneficios empresariales, sino que ha llegado a reconstruir con toda viveza la vida cotidiana de las tierras barrilleras, de las minas, de los atochares y de los parrales, los grandes escenarios de la economía almeriense en este siglo y medio, consiguiendo crear con ello ese *climax* perfecto tan difícil de encontrar en los libros de historia económica.

La provincia de Almería llegó a la última década del pasado siglo con el mar como único medio de comunicación con el exterior. Hasta esa fecha, en que se abrió al tráfico la primera línea de ferrocarril, la de Moreda-Almería, prácticamente todas sus relaciones con el exterior se habían hecho a través de sus puertos de Adra, Almería y Garrucha. Este hecho, aparte de permitir una fácil reconstrucción de la totalidad de sus transacciones económicas con el resto del mundo, cabotaje y comercio exterior, a partir del relativamente fiable registro único de su Aduana, ofrecía además la posibilidad de utilizar un modelo explicativo de base exportado-

ra, analíticamente adecuado en principio a las propias características de la historia económica almeriense, en la que habían tenido un marcado protagonismo cinco grandes productos de exportación, sucesivamente hegemónicos. Y esto es, precisamente, lo que ha hecho el autor de este libro.

Después de una introducción y un capítulo inicial, en el que se ofrece una excelente visión de conjunto del comercio exterior almeriense entre 1778 y 1930, siguiendo series estadísticas muy completas, Sánchez Picón estudia en los cinco siguientes la barrilla, la minería del plomo, el esparto, la uva de mesa y la minería del hierro, que constituyeron los cinco grandes productos de exportación de la economía almeriense en este período de tiempo. En todos ellos se sigue el mismo itinerario analítico: se hace un minucioso recorrido por la geografía de las actividades productivas, estudiando siempre los factores de localización en relación con los costes de transporte hasta los puntos de salida de las mercancías en el litoral; se ofrecen estadísticas de la producción y de las exportaciones, con lugares de destino, características de los mercados internacionales y peso en ellos de los productos almerienses; se analiza la estructura productiva, con gran riqueza informativa en relación con los protagonistas del proceso y con sus vinculaciones empresariales, dentro y fuera de la economía almeriense; se reconstruye la cuenta tipo de explotación, concediendo gran importancia a la determinación de los costes, a la elaboración de series de precios y a la estimación de los resultados; se describe y analiza la tecnología de cada uno de los procesos, con los factores que determinaron su utilización y las consecuencias que se derivaron de ello; y se concluye con un balance final, en el que se periodifican las actividades y se establecen las causas que determinaron el origen y el declive de cada una de ellas. Por su simple enunciado, se comprenderá fácilmente el extraordinario esfuerzo que habrá exigido de su autor semejante tarea, que, digámoslo abiertamente, ha realizado en todos los casos con un extraordinario acierto.

Aunque estos cinco productos estuvieron presentes casi siempre en la economía almeriense, y aunque se llegaron incluso a exportar simultáneamente durante casi todo este período de tiempo, Sánchez Picón hace notar, insistiendo en ello como una de las claves de su propio modelo analítico, que cada uno de ellos, con la única excepción del plomo que tuvo un ciclo más largo, dispuso de su propia etapa exportadora, relativamente breve, en la que sus salidas presentaron picos alcistas muy importantes, pero sin que quepa conectar entre sí los correspondientes a los distintos productos, ni por sus características, ni por su intensidad, y ni siquiera por sus protagonistas, que fueron normalmente distintos en cada uno de los *ciclos exportadores*. La barrilla, que fue el primero de ellos, acabó su época dorada en 1825, justo cuando comenzaba la del plomo, primero en Sierra de Gádor y luego en Sierra Almagrera y otras cadenas montañosas del litoral, hasta su final en 1900. El esparto tuvo su etapa más brillante en la segunda mitad del XIX, aunque sus exportaciones todavía continuaron hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial. La uva de mesa y la minería de hierro fueron, quizá, los dos únicos productos de exportación que tuvieron una mayor coincidencia en el tiempo, ya que ambos conocieron sus años de apogeo, aunque por razones distintas y con protagonistas distintos, entre 1890 y 1914.

Si rigurosa y brillante resulta la exposición de todos estos hechos, no lo es menos el capítulo final del libro, en el que se hace un balance interpretativo de la inoperancia del conjunto

de los sucesivos *ciclos exportadores* almerienses para configurar un modelo equilibrado de desarrollo económico regional. Para ello, después de seguir la evolución de la población almeriense y de registrar la conexión entre las fluctuaciones demográficas y la coyuntura económica, Sánchez Picón analiza detalladamente la contribución del sector público al desarrollo económico provincial, el papel del sistema financiero y de la burguesía local en todo este proceso y el impacto del modelo de crecimiento sobre el medio ambiente, concluyendo con una crítica global al modelo de base exportadora seguido por la economía almeriense.

Coincidiendo con otros historiadores almerienses, Sánchez Picón cree ver una estrecha correlación entre la evolución demográfica provincial y los sucesivos *ciclos exportadores*, a los que responsabiliza directamente de las fluctuaciones de la población. Sin embargo, de los datos que aporta, resulta imposible inferir inequívocamente esta conclusión, pues si bien es cierto que indicadores demográficos sensibles, como la tasa de nupcialidad, parecen estar correlacionados con la coyuntura económica, no es menos cierto que no se evidencia ninguna peculiaridad demográfica almeriense en relación con el conjunto nacional.

Desde luego, su crítica a la falta de equivalencia entre los impuestos recaudados por el Estado de las actividades económicas almerienses y la contribución de éste a crear la correspondiente infraestructura de capital social en la provincia a lo largo de todo este período de tiempo no puede ser más ajustada. Baste con señalar aquí, de entre todos los datos aportados por el autor, que sólo por el plomo fundido entre 1822 y 1868 los ingresos del Estado debieron ser lo menos de 150 millones de reales, una cantidad suficiente como para haber construido más de 1250 kilómetros de carreteras, lo que, desde luego, en modo alguno se hizo, ya que con sólo 484 kilómetros en 1896, Almería era todavía en esa fecha una de las provincias españolas con menor densidad de carreteras por kilómetro cuadrado. Por otra parte, hasta 1895 no se inauguró su primera línea de ferrocarril, Almería-Guadix, y ésta todavía tardaría diez años más en conectar con la línea general Granada-Baeza-Madrid. Es decir, a lo largo de todo el siglo XIX, y después aún, Almería no estuvo integrada en el mercado nacional y ni siquiera llegó a constituir un espacio económico de su propia provincia, con lo que el posible despegue encontró este gravísimo obstáculo.

Aunque resulte menos convincente la relación de causalidad en este caso, Sánchez Picón concluye que la ausencia de un sistema financiero fuerte, hecho que parece estar fuera de toda duda, constituyó igualmente un obstáculo para el crecimiento económico. También parece discutible la excesiva responsabilidad que atribuye en el fracaso a la burguesía local, por la temprana retirada de ésta de las actividades industriales o por su escasa implicación en las mismas. En cambio, aunque el asunto sea tratado brevemente, constituye un gran acierto el señalar el negativo impacto medioambiental del conjunto de las actividades económicas almerienses en todo este período de tiempo.

Por último, el análisis que hace sobre la responsabilidad del sector exterior en el atraso económico de Almería, que él pretende presentar como un *caso* al debate general sobre el papel del sector exterior en la industrialización española, es extraordinariamente enriquecedor, por cuanto las conclusiones a las que llega se hacen a partir de todas las consideraciones anteriores y sobre una base factual muy amplia. A estos efectos, Sánchez Picón pasa revista ordenadamente a los puntos más polémicos de las distintas interpretaciones, señalando en primer

lugar cómo el tamaño del sector exportador fue lo suficientemente grande –en torno a un tercio de la población activa– como para que sea imposible imputar a esta causa la insuficiencia de sus efectos sobre la economía provincial. Si no se generó un proceso estable y equilibrado de desarrollo económico, pese a ello, fue debido a que las exportaciones no consiguieron estimular la formación de capital social fijo, a que carecieron de la continuidad y de la flexibilidad suficientes como para eslabonar los distintos ciclos y para producir efectos de arrastre sobre un mercado interior inexistente, y a que dependieron de mercados oligopolísticos y flexibles frente a su propia rigidez.

Será difícil ampliar en el futuro la información que Sánchez Picón ha conseguido reunir en este libro sobre los sucesivos *ciclos exportadores* almerienses. Tal vez el estudio de algunas contabilidades de empresas locales, que él mismo apunta se conservan en buen número, pueda arrojar en el futuro luz suficiente sobre su nivel real de beneficios y, consiguientemente, sobre si pudo, o no, haber acumulación en las distintas fases autóctonas. Entretanto, gracias a este espléndido libro, y a los que le han precedido, sabemos que cinco grandes ciclos exportadores no sirvieron a la provincia almeriense para otra cosa que para sobrevivir y que, de todos ellos, sólo les ha quedado más desierto, bocaminas estériles, boliches semidestruidos, parrales abandonados y la memoria de decenas de apellidos extranjeros, auténticos beneficiarios de toda esta gran aventura económica.

Manuel Martín